

los Miamis, los Illineses, y otras naciones de la América septentrional: pero la conquista mas gloriosa, por la mas difícil y mas completa, fué la hecha por los Jesuitas en la América meridional, de los Salvajes del Paraguay, del Uruguay y del Paraná, y de otro sinnúmero de poblaciones, aduare y rancherías del mismo continente, quienes, despues de haber derramado la sangre de centenares de sus primeros predicadores, al fin abrieron sus corazones á las dulces y consoladoras verdades del Evangelio, y han venido á ser modelos de piedad y de costumbres, no menos que de amor al trabajo, de orden civil y de gobierno. * Acaso nuestros lectores echarán de menos varios santos y sabios españoles en este catálogo; pero obsérvese que como el autor era inglés, procuró presentar particularmente nacionales suyos: nos hubiera sido fácil llenar muchas páginas, pero bien se ve que no se trata de dar una historia. El nombre del señor Guerra, Obispo de Sigüenza, que llamó la admiración del mundo con la conversión del Rabino Samuel Peijoot, despues de largas sesiones de controversia, bastaría para honrar otras naciones; y los de tantos Obispos y Prelados perseguidos en los últimos años por los ímpios son bien conocidos de todos para que nos detengamos en recordarlos.

CARTA XXIX.

A JAMAS BROWN.

Apostolicidad del Clero Católico.

Al examinar el *Arbol Apostólico*, supongo le habreis considerado, y le debeis mirar, como que representa una serie no interrumpida de Pontífices y Obispos que reciben no solamente su *doctrina*, sino además, y de un modo especial, su *ministerio*, es decir, sus *sagrados órdenes*, y el *derecho* ó *jurisdiccion* de ejercerlas directamente de los Apóstoles de Jesucristo. En efecto, en todos los siglos la Iglesia Católica no se ha mostrado menos celosa del sagrado depósito de la *doctrina ortodoxa*, que de los depósitos igualmente sagrados de la *ordenación legitima*, por Obispos que ellos mismos hubiesen sido debidamente ordenados y consagrados, y de la ju-

jurisdiccion válida, ó divina mision, por la cual autoriza á sus ministros á ejercer sus funciones respectivas en tales ó tales partes, respecto de tales ó tales personas, y bajo tales ó tales condiciones, segun lo que le place ordenar por los depositarios de esta jurisdiccion. Así es, que todo pastor católico puede con toda verdad y razon decir á sus fieles: «Yo he recibido el derecho de anunciar la palabra de Dios, y de administraros los Sacramentos que os administro, del mismo Jesucristo; porque lo he recibido de tal Obispo Católico que habia sido consagrado por tal Obispo tambien Católico, y aquel por otro que tambien lo era; y así progresivamente por una sucesion no interrumpida hasta los Apóstoles mismos; y estoy autorizado para predicar y celebrar por tal Prelado, quien recibió para este objeto su autoridad del sucesor de san Pedro en la Silla Apostólica de Roma. » Hasta el presente, y durante largo tiempo, los teólogos mas sabios y escrupulosos de la Iglesia Anglicana han sostenido sobre estos dos puntos los mismos principios que sostienen y sostuvieron siempre los Católicos, y no se han mostrado menos firmes que ellos en defender el *derecho divino* del Obispado y del Sacerdocio. Así en efecto, se ve en las obras del célebre Hooker, que pasa, y puede en verdad considerarse como el mas profundo y exacto de todos, el cual extensamente prueba que «el ministerio eclesiástico es una funcion divina, instituida por el mismo Dios, de quien toma su autoridad, y en muy diferente manera de la que reciben la suya los Príncipes y magistrados civiles: que es una ceguedad criminal no admirar el poder tan grande de que el clero está revestido, ó suponer que algun otro que Dios pueda darle: que esta autoridad consiste en un poder sobre el *cuerpo místico* de Jesucristo (*que son los fieles*), por la remision de los pecados, y sobre su *cuerpo natural* en el *Sacramento de la Eucaristía*, poder que la antigüedad llama potestad de consagrar el cuerpo de Jesucristo¹. » Aun mas, distingue entre el poder de *orden* y de *jurisdiccion* ó *mision*, puntos todos sobre los cuales

1 Ecclesiast. Polit. B. V. art. 77.

está igualmente apoyado y sostenido por los Cánones y las leyes del *establecimiento anglicano*. En efecto, sin hablar de las leyes anteriores, el *acta de uniformidad*¹ ordena que ningún ministro podrá obtener beneficios, ni oficiar en Iglesia alguna, sin haber recibido la ordenación ó mandato del Obispo; y aun exige que haya sido aprobado y *facultado* para aquel destino y función particular. Lo mismo se ve claramente en la *Fórmula de promoción* de un eclesiástico á un curato². — En virtud de este sistema, cuando en Escocia se restableció el año de 1662 el Episcopado, habiendo sido elevados cuatro ministros presbiterianos por el Rey á esta dignidad, los Obispos de Inglaterra se negaron á consagrarlos, interin no consintiesen en ser antes ordenados de diáconos y de sacerdotes, renunciando así á su antiguo carácter, que decían sacerdotal, y reconociendo que no habían sido hasta entonces mas que legos³. De la misma manera, cuando á la subida al trono del Rey Guillermo, que era calvinista holandés, se nombró una comisión de diez Obispos y de veinte teólogos para modificar los Artículos y la Liturgia de la Iglesia Anglicana, á fin de formar una reunion con los *disidentes*, los mas laxos entre ellos, tales como Tillotson y Burnet, y tambien el Baron del Echiquier, Nales, y otros Lores legos exigieron que los ministros *disidentes* fuesen *ordenados*, á lo menos *condicionalmente*⁴, como que hasta entonces no habían sido mas que simplemente seglares. En una palabra, es notorio que la práctica de la Iglesia de Inglaterra hoy es el ordenar á todos los ministros protestantes que se reunen á ella, sean de la secta que sean,

¹ Stat. 13, and. 14, Cat. 2, c. 4.

² *Curam et regimen animarum parochianorum tibi commitimus.*

³ *Collier's Eccl. Hist.*, vol. 2, pág. 807. Parece por la misma historia que otros cuatro ministros escoceses, que se habían antes dejado consagrar obispos, fueron por esta razon excomulgados y degradados por su Iglesia. *Pièces*, n. 113. * Los presbiterianos, como no reconocen la dignidad episcopal, no habían sido ordenados Presbiteros por Obispos; y así, aunque se llaman tales, en realidad no lo eran sino simples legos.

⁴ *Life of Tillotson*, by Dr. Birch, pág. 42 y 176.

y que jamás ha pretendido reiterar las órdenes de un sacerdote católico apóstata, contentándose con hacerle prestar los juramentos requeridos por las leyes¹. Esta doctrina de la Iglesia Anglicana excluye, segun la expresion del doctor Heylin, y pone evidentemente fuera de la Iglesia á todas las otras comuniones protestantes; porque es un principio constantemente establecido y admitido por todos, que *donde no hay sacerdocio, no hay Iglesia*²; pudiéndose con igual evidencia decir que los *des cristianiza*, pues tiene unánimemente decidido (en 1575) que el Bautismo no puede administrarse sino por un ministro legítimo³.

Peró dejando aparte estas opiniones inciertas y fluctuantes de los anglicanos, es bien sabido el poco aprecio que todos los otros Protestantes han hecho de la sucesion Apostólica y de la ordenacion Episcopal. Los principios de Lutero sobre este punto son bien claros después de su famosa *Bula contra lo que falsamente se llama el orden de los obispos*⁴, en la cual convertido á ellos dice: «Escuchad ahora vosotros, oh Obispos, ó mas bien más-caras del diablo: el doctor Lutero os va á hacer oír una Bula y una reforma, que no agrada mucho á vuestras orejas. Hé aquí la Bula y la reforma del doctor Lutero: todo el que emplee sus fuerzas, su persona y su fortuna en destruir vuestros Obispados, y en aniquilar el gobierno de los Obispos, es amigo de Dios, es

¹ A pesar de las pruebas de la doctrina y práctica de la Iglesia Anglicana, muchos de sus teólogos modernos consienten hoy en abandonar todas las pretensiones que puede ella tener á la autorización divina, y á una sucesion no interrumpida. En las *Cartas á un Prebendado* he hecho ver que, segun los principios del célebre doctor Balguy, un Sacerdote ó un obispo puede ser igualmente ordenado por el pregonero, si está autorizado para ello por la autoridad civil, que por el Metropolitano. Los doctores Rey, Sturges, Paley y otros varios teólogos anglicanos suscriben á este sistema; y aun el obispo de Lincoln, á pesar de que sostiene que el obispado es una institucion Apostólica, niega que los cristianos estén obligados á adoptarle; lo que en el hecho es reducirlo á una práctica puramente civil y voluntaria. *Elem.*, vol. 2, art. 23.

² *Ubi nullus est Sacerdos, nulla est Ecclesia*. S. Hieron.

³ *Elem. of Theolog.*, vol. 2, pág. 471.

⁴ *Advers. fals. Nomin.*, tom. 2, Oper. Gen. An. Dom. 1525.

» un verdadero cristiano, y enemigo de las instituciones » del diablo. Al contrario, todo el que sostiene el gobier- » no de los Obispos, y los obedece voluntariamente, es » ministro de Satanás, etc. » Es cierto que en lo sucesi- vo, es decir, el 1542, este protoreformador, por agrar- dar á su protector el Elector de Sajonia, tomó á su cargo el consagrar Obispo de Naumburg á Amsdorf, su compa- ñero en la disolución¹; pero es notorio también que en- tonces ya Lutero, según aparece de toda su conducta, se había constituido superior á todas las leyes, y se mo- faba aun de la decencia en el obrar, y de toda conse- cuencia en su proceder. — Casi lo mismo puede decirse de otro reformador más moderno, Juan Wesley, quien, haciendo profecía de ser *Presbiteriano de la Iglesia An- glicana*, pretendió ordenar de sacerdotes á Watcoat, Ves- sey, etc., y consagrar Obispo al doctor Cook². Con la misma inconsecuencia los ancianos ó señores de los Hernhutas, en Moravia, pretenden consagrar Obispos para Inglaterra y otros reinos. Por otra parte, todas las historias modernas, especialmente las de Inglaterra y Es- cocia, nos manifiestan la extrañeza y aversión que tienen los calvinistas y demás disidentes al nombre y á los de- beres de Obispo. Pero en fin, sea el que se quiera el dic- tado que se den y atribuyan respectivamente estos mi- nistros, de Obispos ó Sacerdotes, de Diáconos ó Pastores, es incontestable que ellos *traen y se deben la nominacion á sí mismos*, ó á lo menos á unos hombres que se *nom- braron á sí propios*, quince, diez y seis ó diez y siete siglos despues de los Apóstoles.

Esto supuesto, la principal cuestion que nos resta ya discutir, es sobre el clero de Inglaterra: á saber, si los primeros Obispos protestantes nombrados por la Reina Isabel, cuando los Obispos Católicos fueron expulsados de sus sillas, recibieron ó no una consagración válida de al- gun otro Obispo, que hubiese sido antes válidamente

¹ Sleidan, *Comment.*, l. 14.

² D. Whitehead's *Life of Charles and John Wesley*. Parece que Carlos quedó horriblemente escandalizado de este procedimiento de su hermano Juan, y que á su consecuencia se ha suscitado un cisma perpetuo entre los Metodistas.

consagrado. La discusión de este punto ha llenado mu- chos volúmenes; y examinado todo con la mayor deten- cion, lo menos que se puede decir es, que las dichas orde- naciones son sumamente dudosas: porque en primer lu- gar, es innegable que la doctrina de los padres de esta nueva Iglesia era muy relajada en punto á la necesidad de la consagración y de la ordenación. Cranmer¹, su principal fundador, suscribió solemnemente al principio de que los Príncipes y los Gobiernos pueden, lo mismo que los Obispos, hacer Sacerdotes, y que la Escritura en ninguna parte dice que sea necesaria consagración al- guna para hacer un Sacerdote ó un Obispo². Del mismo modo, Barlow, de cuya consagración válida ó no válida, depende principalmente la de Mateo Parker y de todos los demás Obispos Anglicanos, predicaba abiertamente que el nombramiento del Rey, sin *mas órdenes ni ordena- cion*, bastaba para hacer un Obispo³. Doctrina que, según todas las apariencias, parece haber sido imaginada por él para contrarrestar á la objecion que le hacian de que no habia sido consagrado: efectivamente, por el espacio de doscientos años se han buscado en vano las pruebas de su consagración. En segundo lugar, parece evidentemen- te, por los libros de controversia que se conservan aun, que los Doctores católicos Harding, Bristow, Stapleton, y el Cardenal Allen, que habian estudiado con los pri- meros Obispos protestantes en tiempo de la Reina Isabel y que los conocian íntimamente, sobre todo á Jewel, Obispo de Salisbury, y á Horne, Obispo de Winchester, constantemente les echan en cara en los términos mas

¹ Véase, sobre Cranmer, la pág. 386.

² Historia de la Reforma por Burnet: *Pièces*, B. 3, n. 21. Véanse también los mismos documentos, part. 2, n. 2, donde aparece que á la muerte de Enrique VIII, Cranmer y los otros Prelados adherentes, pidieron á Eduardo VI nuevos poderes para gobernar sus diócesis, durante beneplácito, como simples oficiales civiles. * Algo se parece á esto la resolución de nuestras Cortes revolucionarias de que se mirase á un obispo como funcionario público: poco á poco se iba lejos: ese dictado les dieron los revolucionarios franceses, para des- pues hacer su Iglesia constitucional, ó en otros términos, descato- lizar la Francia.

³ Collier's *Hist. Eccles.*, vol. 2, pág. 135.

expresos, que no habían sido consagrados; sin que jamás ellos en sus voluminosas respuestas reclamasen ni refutasen dicha acusación, contentándose con ridiculizar la consagración Católica. En tercer lugar, parece que después de un intervalo de cincuenta años desde el principio de la controversia, es decir, en el año de 1613, cuando Mason, capellan del Arzobispo Abbot, publicó una obra en que se refería á un imaginado registro en Lambeth de la consagración del Arzobispo Parker por Barlow asistido de Coverdale y otros, los católicos instruidos reclamaron universalmente que el citado registro era supuesto, y una falsificación de que no se había oído hablar jamás hasta entonces; y entre otros argumentos, aseguraron que, aun admitiendo que fuese cierto, de nada serviría, porque el pretendido consagrante de Parker no había sido consagrado para ninguna Silla, aunque hubiese ocupado muchas¹.

Además, los teólogos Católicos tienen otras muchas razones para mirar como inválidas las ordenaciones del Clero Anglicano. Entre otras han hecho varias objeciones sobre su *forma*; es decir, sobre las palabras con que han sido conferidas. En efecto, según el ritual de Eduardo VI, restablecido por Isabel, los Sacerdotes eran ordenados por el poder de *perdonar los pecados*², sin decir nada de la *potestad de consagrar u ofrecer el sacrificio*, aunque esto sea lo que constituya la esencia del *Sacerdocio*³; y los Obispos, según el mismo Ritual, se consagraban sin comunicarles ninguna nueva potestad, ni aun hacer mención del Episcopado: en fin, por una *forma* que pudiera igualmente usarse para dar á un niño el Bau-

1 Richardson, en sus *notas* sobre el comentario de Goduin, se ve obligado á hacer la confesión siguiente: *Dies consecrationis ejus (Barlow) nondum apparet*. Pág. 402.

2 « Recibe el Espíritu Santo: á quien le perdonares los pecados, » les serán perdonados; y retenidos á los que los retuvieres: y sé fiel » dispensador de la palabra de Dios y de sus Santos Sacramentos. » *Collection del Obispo Spärr.*, pág. 158.

3 En efecto, en ella se radica la potestad de absolver; y así la Iglesia puede algunas veces suplir en el Sacerdote la jurisdicción, pero el Sacerdocio no.

tismo ó la Confirmación⁴. Esto era, á la verdad, conforme á los principios del grande autor de este Ritual Cranmer, quien decidió solemnemente que « el *Sacer-* » *docio y el Episcopado no eran dos cosas diferentes,* » *sino un solo y mismo cargo*⁵. » Doctrina contra la cual nuestros controversistas presentan no solamente la autoridad de todos los Rituales griegos y latinos, sino también la confesión del sobredicho teólogo protestante Mason, quien dice en esta parte con toda verdad: que « no toda *forma* de palabras puede servir para esta institución (de conferir las órdenes), sino que es necesaria que las que se empleen denoten y señalen el poder » que por aquel orden se confiere⁶. » En fin, estas objeciones han sido tan poderosamente sostenidas por nuestros teólogos el doctor Champney, J. Lewgar⁴ y otros que casi inmediatamente después que el último publicó (el 1662) su obra titulada: *Erastus senior*, habiéndose reunido la *convocación* para desembarazarse de estas objeciones, *variaron la fórmula* de la ordenación de los Sacerdotes, y la de la consagración de los Obispos⁵. — Pero aun admitiendo que estas variaciones sean suficientes para obviar *todas* las objeciones que nuestros teólogos oponen al Ritual, de lo que están muy distantes, al

1 « Recibe el Espíritu Santo, y acuérdate de excitar la gracia que » está en tí por la imposición de las manos. » *Ibid.*, pág. 164.

2 *Historia de la Reforma* por Burnet, vol. 1. *Documentos*, B. 3, n. 21, quæst. 10.

3 *Histor. de la Reforma*, por Burnet. B. 2, c. 16.

4 Lewgar era amigo de Chillingworth; fué convertido por él á la fe Católica, en la cual se sostuvo firme cuando aquel se precipitó en el Latitudinarismo.

5 La *forma de la ordenación de los Sacerdotes* se varió en estos términos: « Recibe el Espíritu Santo para los deberes y funciones » de Sacerdote en la Iglesia de Dios, que al presente te son encomendadas por la imposición de nuestras manos. Los pecados son » perdonados á todos aquellos á quienes tú los perdones, etc. » — La *forma de la consagración de los Obispos* se extendió así: » Recibe el Espíritu Santo para los deberes y funciones de Obispo » en la Iglesia de Dios, que al presente te son encomendadas por la » imposición de nuestras manos, en el nombre del Padre, y del Hijo, » y del Espíritu Santo; y acuérdate de excitar la gracia de Dios que » está en tí. »

fin ellas han venido demasiado tarde (nada menos que cien años despues) para el objeto que se proponian: de suerte, que si los Sacerdotes y los Obispos de los reinados de Eduardo ó Isabel no estaban válidamente ordenados ó consagrados, los del reinado de Carlos II y sus sucesores, que lo han sido por aquellos, deben estar en el mismo caso.

Aunque me haya detenido mas de lo ordinario sobre este punto, no se crea que hemos agotado la materia; lejos de eso habia aun muchísimo que añadir. Es constante que no es menos necesaria una sucesion Apostólica de *mision*, ó de autoridad y potestad, para ejercer las funciones del ministerio, que lo son las mismas sagradas órdenes, para que pueda decirse que la Iglesia viene del mismo Jesucristo. Esta *mision* ó autoridad, en efecto, fué comunicada por Jesucristo á sus Apóstoles cuando les dijo: *Como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envío* (Matth., xx, 21); y de ella habla tambien San Pablo, cuando dice de los Apóstoles: *¿Cómo pueden ellos predicar, si no han sido enviados* (Rom. x, 15)? Creo que ninguna sociedad protestante pretenda que sus ministros tienen, en virtud de su nombramiento ú ordenacion, una autoridad ilimitada en todas partes, y en toda otra congregacion. A lo menos es cierto, segun el Ritual y los artículos de la Iglesia Anglicana, que esta limita la jurisdiccion de sus ministros *á la congregacion para que son nombrados*¹. En consecuencia, el doctor Berkley enseña «que una falta en la *mision* del clero invalida los Sacramentos, inficiona la pureza del culto público, y por consiguiente merece ser examinada por todo cristiano sincero².» A lo que el arcediano Daubeny añade: que «la *mision* regular no subsiste sino en las Iglesias que han conservado la sucesion Apostólica.» Creo tambien que en todas las sociedades protestantes, sus ministros están persuadidos á que la autoridad, en virtud de la cual predicán y llenan sus funciones, es de una manera ú otra divina. Ahora bien: no ignorais, y yo debo haceros observar, que no hay sino dos medios por los cuales

¹ Art. 23.—Fórmula de ordenacion de los Sacerdotes y Diáconos.

² Sermon para la consagracion del Obispo Horne.

pueda probarse y ser comunicada la mision ó potestad divina: uno *ordinario*, y otro *extraordinario*. El primero se verifica cuando esta autoridad es trasmitida en sucesion regular de aquellos que la recibieron de Dios; y el otro cuando el Todopoderoso interviene de un modo extraordinario, y encarga inmediatamente á ciertas personas hacer conocer su voluntad. Este último medio exige evidentemente ser confirmado con milagros incontestables: así se ve que Moisés y nuestro Salvador Jesus, que fueron enviados de este modo, apelan constantemente á los prodigios y milagros que obraban, hacian y esperaban, para probar su mision divina. Por esta misma razon cuando Muncero, Storck y sus discípulos los anabaptistas esparcieron en toda la Baja-Alemania sus errores y devastacion, Lutero aconsejaba á los magistrados que les hiciesen (sin reflexionar que con igual fundamento se le podrian hacer á él que á Muncero) estas preguntas: «¿Quién os ha conferido las funciones y ministerio de predicadores? ¿quién os ha encargado el predicar? Si responden que Dios; entonces díganles los magistrados: *Probadlo* con algun milagro evidente; porque así es como Dios da á conocer su voluntad, cuando muda las instituciones que anteriormente habia establecido¹.» Si en este siglo y en este país se siguiese este dictámen del primer reformador á los magistrados, ¡cuántos forjadores de sermones é intérpretes de la Biblia se verian reducidos al silencio! porque de una parte es notorio que ellos son profetas *nombrados por sí mismos, que van sin ser enviados*; ó si pretenden tener una *mision*, la traen de otros hombres que no habian recibido ninguna, ni aun pretendian tenerla por una sucesion regular de los Apóstoles. Tal lo era el mismo Lutero, y tales tambien Zuinglio, Calvino, Muncero, Mennon, Juan Knox, Jorge Fox, Zinzendorf, Wesley, Witfield y Swendemborg. Ninguno de estos predicadores, como hemos ya observado, ha pretendido jamás haber recibido su mision de Jesucristo por el *medio ordinario*; es decir, por una sucesion no interrumpida desde los Apóstoles. Por otra parte, estaban tan lejos de tratar

¹ Sleidan, de Stat. Relig., l. 5.

de hacer milagros reales para probar que habian recibido una mision extraordinaria de Dios, que como Erasmo les echaba en rostro, ni aun un caballo cojo podian curar, para probar su legacion divina.

Si vuestro amigo el Rev. Clark llega á ver esta carta, estoy seguro clamará que, sea el que quiera el estado de los disidentes, al menos la Iglesia Anglicana ha recibido su *mission*, sus *órdenes* y *potestad* del modo ordinario; es decir, por una sucesion regular desde los Apóstoles por medio de los obispos católicos. Efectivamente, así lo afirma con toda seguridad el obispo de Lincoln¹. Pero creo no olvidareis que aun cuando nosotros admitiésemos en la Iglesia Anglicana una sucesion Apostólica de *orden*, no podríamos admitirla de *jurisdiccion* y *mission*, ó de derecho de ejercer estas mismas órdenes; ni su mismo clero puede, sin la mayor inconsecuencia, pretenderlo en manera alguna; porque, en primer lugar, si, como lo afirman las homilias², «la Iglesia católica, es» decir, su clero y sus seglares, todas las sectas y todas las clases han estado por el espacio de ochocientos años sepultadas en una idolatría abominable, siendo objeto de horror para Dios, y causa de condenacion para los hombres, ¿cómo podía ella, durante todo este tiempo, conservar esta mision y jurisdiccion divina, y emplearlas al mismo tiempo en dar á su clero el cargo de predicar esta *abominable idolatría*? Además, ¿era posible á la Iglesia Católica dar al Arzobispo Parker, por ejemplo, y á los obispos Jewel y Horne jurisdiccion y autoridad de predicar contra ella misma? ¿se ha visto jamás, si se exceptuan los regicidas de la *grande rebellion*, se ha visto jamás á los que se rebelan contra un gobierno establecido, pretender estar autorizados por este Gobierno mismo para combatir contra él y destruirle? En una palabra, consta claramente por la historia, que los primeros protestantes ingleses, igualmente que los de las demás naciones, no hacian profesion de traer de los Apóstoles, por medio de la Iglesia Católica existente, ni mision, ni autoridad alguna. Los del reinado de Enri-

¹ *Élém. de théolog.*, vol. 2, p. 400.

² *Contra el peligro de la idolatría*, p. 3.

que VIII predicaban y oficiaban, á pesar de la autoridad eclesiástica y civil¹. Sus sucesores, bajo los reinados de Eduardo VI é Isabel, pretendian recibir todo su derecho y mision de oficiar y predicar únicamente de la potestad civil², como lo prueban evidentemente las *actas* y el *juramento* de *supremacia*, y el homenaje de los arzobispos y obispos á la dicha Isabel; homenaje en el cual el prelado electo *reconoce y confiesa que tiene y recibe su obispado, así en lo espiritual como en lo temporal, de ella sola, y de la corona real*. Lo mismo se ve en una serie de mandatos reales relativos al clero, sobre materias puramente espirituales, como por ejemplo la *decision en la doctrina*, la *prohibicion de profetizar*, la *inhibicion de predicar*, el *poder de dar y suspender las facultades espirituales*, etc..... Yo, aunque reconozco gustosamente y de todo corazon en mi Soberano todo el *poder temporal y civil*, la jurisdiccion, los derechos y autoridad que las leyes del Estado le atribuyen, no puedo creer que Jesucristo haya nombrado á ningun Príncipe temporal para apacentar ni *guardar su rebaño*, ni parte alguna de esta misma grey, como ni para ejercer á su discrecion la *potestad de las llaves del reino de los Cielos*. El obispo Fisher³ predijo en el parlamento, que si la supremacia eclesiástica real llegaba á reconocerse, podria fácilmente pasar á las manos de un niño, ó á una mujer⁴, como efectivamente no tardó en verificarse. En seguida pasó despues, juntamente con la corona, á un calvinista extranjero, y hubiera podido darse, por una asamblea de legos, á un mahometano. Por último, me basta observar aquí, que reconocer una supremacia eclesiástica real en

¹ Collier, *Hist.*, vol. 2, p. 81.

² En el reinado de Jacobo I, el Arzobispo Abbot habiendo incurrido en suspension, segun las leyes canónicas, por haber accidentalmente muerto á un hombre de un tiro de fusil, una comision real mandó restablecerle. En otra ocasion fué entredicho por el mismo Rey, por haberse negado á aprobar un libro. En el reinado de Isabel los Obispos aprobaban lo que se llamaba *profetizar*; la Reina, que no aprobaba esto, los obligó á retractarse.

³ Véase sobre este santo Obispo la pág. 387.

⁴ Véase su vida por el doctor Bayley igualmente que á Dodd, *Hist. Eccl.*, vol. 1.

*todas las cosas, y causas eclesiásticas y espirituales*¹, (como por ejemplo, para decidir quién debe predicar ó bautizar, etc; qué doctrina es buena, y cuál no lo es, etc., etc.) es expresamente renunciar al poder dado por Jesucristo á sus Apóstoles, y conservado por sus sucesores en la Iglesia católica y apostólica. De donde se sigue claramente, que no hay ni puede haber sucesion *Apostólica* del ministerio en la Iglesia anglicana, como ni en las otras congregaciones ó sociedades protestantes. Los eclesiásticos predicán y ofician en ellas, segun sus diferentes grados, *únicamente en virtud de la autoridad humana*². Al contrario, no hay en toda la extension de la Iglesia católica un niño bautizado (solemnemente), un penitente absuelto, un sacerdote ordenado, ni un obispo consagrado, sin que el ministro que llenó esta funcion no pueda mostrar para lo que ha hecho su autoridad, recibida de Jesucristo en el poder dado por este Señor á sus Apóstoles cuando les dijo: *Todo poder me es dado en el Cielo y en la tierra; id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas, etc.* (Matth. xix, 28); y pueda probar su derecho á este poder de Jesucristo, mostrando el árbol y serie no interrumpida de su sucesion desde los Apóstoles. — No me detendré ya en hacer la menor comparacion entre un clero que oficia por *autoridad divina*, y ministros que no lo hacen sino por *autoridad humana*; pero terminaré este artículo sometiendo al juicio recto y á la buena fe de vuestra sociedad el decidir, á vista de todo lo expuesto, cuál es entre las diferentes comuniones, que se dan el nombre de cristianas, la *Iglesia Apostólica*, y cuál es tambien la Iglesia católica que hacemos profesion de creer. — Soy, etc. J. M.

¹ Sermones de la supremacía, homenaje de los Obispos, etc.

² Es cosa curiosa ver los mandatos de la Reina Isabel, y en el art. 37 su renuncia al derecho de administrar por sí misma la palabra y los Sacramentos. No es esto de lo que se trataba, sino de la jurisdiccion ó mision del Clero.

CARTA XXX.

A JAMES BROWN.

Continúa la misma materia.

Amigo mio : veo que vuestro visitador el Reverendo M. Clark no os habia dejado aun á fines de la semana última, pues por una carta suya que acabo de recibir, parece que habia leído las dos últimas que os dirigí á New-Cottage. En ella se manifiesta muy disgustado de su contenido, lo que no me ha cogido de sorpresa; y aunque noto que usa contra ellas y contra su autor algunas expresiones duras, no me doy por sentido, pues él no estaba ligado con el empeño que nosotros tomamos mutuamente al principio de nuestra correspondencia; y por el cual me habia reservado la libertad de dar á mis razones toda la extension que el asunto podria pedir, sin que ninguno de la sociedad pudiera darse por ofendido. Omito por tanto los pasajes de esta carta, que parecen dictados con un poco de calor, por no decir otra cosa, y me limitaré á contestar á los que tienen alguna apariencia de argumento contra lo que yo habia establecido.

Objeta, pues, vuestro eclesiástico contra el derecho de nuestros pontífices á la sucesion apostólica, que en varios siglos se ha interrumpido esta sucesion por las disputas de algunos antipapas ó papas rivales; y que las vidas de algunos de ellos han sido tan criminales, que segun mis propias razones, así dice, no es creible que tales pontífices hayan podido conservar y transmitir el poder y la autoridad dadas por Jesucristo á sus Apóstoles. — Convengo en que las conmociones y accidentes á que están sujetas todas las cosas de este mundo han